

# ÍNDICE

I. SOLSTICIO DE VERANO.....	11
II. SOLSTICIO DE INVIERNO .....	119
III. EQUINOCCIO SIN ESTANCIÓN.....	201

I  
SOLSTICIO DE  
VERANO

**H**ACÍA DEMASIADO CALOR. El contacto del sudor resbalándole por el cuerpo era del todo insoportable. Los brazos le brillaban como si hubiesen sido untados con aceite y las piernas se le pegaban entre sí al más mínimo roce. Estaba inquieta, agobiada bajo una solanera pesada y luminosa. Mientras tendía la ropa, intentaba deshacerse de aquella sensación extraña que se hacía presente en el momento menos oportuno. Una pesadez plumiza, una opresión de cobre le vencía, le agachaba el ánimo hasta arañarle por dentro.

Las paredes de la terraza, blancas de cal, borrachas de añil, atraían a todos los rayos del sol que parecía crecer de tamaño, y los dejaban tendidos en el suelo, atrapándolos entre el polvo y el pavimento. Ni siquiera la parra, agonizante en los brotes, abandonada a su propia suerte, ofrecía un poco de sombra con sus hojas ajadas y vencidas. Solo el reseco sarmiento abrazaba a un madero intentando, con movimientos esperpénticos, en un agónico empeño, protegerlo del sopor agotando los escasos ramalazos de pretérito verdor. La solería era roja, desgastada, carcomido el color por todas las aguas, por un sinfín de nieves y por todos los soles de incontables años. Sin embargo, parecía que esta mañana el suelo desvestido de brillante tonalidad hubiera recobrado el último latido para mantener adheridos en su vejez a los pies de Encarnación.

Quería marcharse de allí, alejarse del sol que le cegaba la vista haciéndole insufrible la tarea, pero no podía bajar hasta haber

tendido la colada. Hubiera deseado, arrepentida ahora de querer ayudar, que fuera María quien estuviese en su puesto. Se habría evitado soportar el calor sofocante y la réplica de éste deslizándose entre sus piernas. Aún le quedaban dos sábanas por tender hasta poder bajar a la cocina y así lograr sentir el fresco que entraba en ella desde el patio, bajo la sombra siempre amiga que se agradecía en los días duros del verano. Mientras añoraba la tranquilidad, la reconfortante caricia del frescor, había olvidado el bochorno, el sol, el sudor, pero de nuevo, repentinamente liberado un resorte de latente zozobra, se adueñaba de ella la inquietud entera.

Lo más rápidamente que podía, sin estirar del todo las arrugas de la tela, tendió las sábanas con desorden, arrojándolas a las cuerdas sin miramientos. Abrió la estrecha puerta que comunicaba con el interior de la casa, dejando atrás hileras perfectas de alambre donde la ropa que colgaba no era mecida ni tan siquiera por un suspiro de brisa. Sintió, bajo la sombra que le proporcionaba el corredor techado, la ráfaga fresca que subía por las escaleras. Poco a poco la desesperación que sintiera en la terraza se fue desvaneciendo y era el cansancio, el esfuerzo agotador, quien se pegaba ahora a sus pasos.

Bajando las escaleras oía cómo María le gritaba a las gallinas. Otra vez, siguiendo una costumbre diaria, se habían colado en la cocina. No era la primera letanía, pero tampoco serían los últimos insultos, acompañados de puntapiés, que las pobres gallinas iban a recibir estando en la casa. Encarnación había oído muchas veces el cacareo revuelto y las voces de regaño, pero siempre amortiguados por una vaga resonancia deformada, prolongadas las entonaciones, anchas y estrechas, carentes de garganta humana y ajenas a cualquier animal. Esta vez no era diferente. Después, un silencio limpio y una lentitud renovadora volvían a ella mientras se ocupaba en otros asuntos.

La casa era demasiado grande. Demasiadas las habitaciones, los pasillos y el trabajo que hacer a diario. Encarnación formaba

parte estrecha de los muros. Perteneía a cada rincón y no obstante era incapaz de adaptarse. No lograba saber lo suficiente de la casa para poder sentirla de su propiedad. No dejaría de ser nunca una invitada forzosa.

Era un edificio que destacaba del resto del pueblo. Situado en las afueras, quedaba retirado del contacto de las gentes. Los balcones, más anchos que los de las otras casas, se adornaban con columnas envueltas en sí mismas sirviendo de recargada decoración a la balaustrada de piedra. Rejas de hierro oxidado, incrustadas sobre las ventanas, impedían cualquier amago de huida. Una escalinata daba acceso a la puerta principal después de haber franqueado la verja que rodeaba la casa. El tejado plano, se convertía en terraza y tendedero, protegiendo de la caída un pretil de ladrillos y cemento. En la parte de atrás quedaba esparcido un huerto pequeño y un patio recogido engalanado con macetas y árboles frutales, y un par de bancos metálicos, dispuestos en arbitraria distribución, soportaban estoicamente el peso enajenado de los extraños paseantes. Las otras casas, las del pueblo, pintadas de cal, se cobijaban en formas cúbicas, austeras, carentes de ornamentación. Pequeñas, con escasas ventanas y tejados de pizarra, se superponían entre sí, íntimamente ordenadas frente a la soledad hermética y lujosa de la casa grande.

Sin elección, por no tener nada mejor que hacer, Encarnación entró en la cocina. Se sentó a un lado de la mesa. Allí estaba María, como siempre atareada, moviéndose de arriba abajo, ocupando cada minuto en una faena que parecía no tener fin. Encarnación no recordaba cuándo se encontraron por primera vez. Invariablemente la había visto y sentido recorrer la casa sin preguntarse nunca cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. Aparecía en todas partes, siempre con prisa, siempre despierta, y Encarnación le seguía solo por estar con ella. Le gustaba sentir cerca sus movimientos, notar el olor a antiguo de su ropa, el efluvio a sudor mezclado con aroma de membrillo y estropajo de esparto que exhalaba su piel prematuramente avejentada;

cuarenta años que maltratados por las duras tareas domésticas llegaban a aparentar la aridez y la desidia de cincuenta veranos. Sin embargo, y a pesar de ser escasos, por no decir nulos, los compromisos sociales a los que acudir, a pesar de no ser estrictas las normas de etiqueta dentro de la casa grande, María hacía gala de un cuidado personal exquisito mostrando, incluso cuando realizaba las tareas más duras, un aspecto limpio, cuidado hasta hacer emanar de ella una elegancia innata. No era extraño verla peinarse, con almibarado esmero, la melena rizada que reposaba suelta sobre sus hombros, repitiendo varias veces al día, con higiénica y presumida parsimonia, los movimientos del cepillo sobre su cabello canoso. Y Encarnación se sentía hipnotizada ante sus meticulosas costumbres, ante la belleza madura de su piel cansada, y se dejaba seducir por la voz ronca y firme de María, capaz de trocarse en dulce y cadenciosa al entonar antiguas canciones de amor que Encarnación nunca llegaba a entender del todo. Seguir a María por no estar sola pero también un poco por imitar sus hábitos y llegar alguna vez a ser como ella.

Por las mañanas, al despuntar el día, podía oír, desde el dormitorio y tumbada aún en la cama, a María ordenando cosas, moviendo sillas, barriendo el suelo, y entonces ella, animada por el ajetreo y el ruido alborotado, bajaba de la habitación antes que los demás para ir a su encuentro. Pero cuando Encarnación llegaba a su lado guardaba silencio, se mantenía a distancia de María, acostumbándose lentamente a su presencia, sin intentar otro contacto que no fuera una mirada tímida y esquiva. Encarnación no recordaba el momento del inaugural cariño, el instante preciso en que comenzó a venerarla, pero sí sabía que la fue queriendo sin darse cuenta, porque sus palabras amables, su interés por no dejarla sola perdida por la casa o animándola para que le ayudase en la limpieza, hicieron del recelo primerizo una sonrisa, y de la defensa inicial un continuo deseo de no separarse de María. La seguía allí donde fuera, y aprendía a su lado los quehaceres rutinarios, matemáticos y necesarios de la vida mo-

nótona en la casa grande. Desde el remoto encuentro que unió sus vidas se habían hecho inseparables.

María estaba preparando la comida entre perolas inmensas, envuelta por el vapor del guiso caliente. Encarnación la miraba sentada junto a la chimenea apagada. Otra sombra conocida para ella, aunque siempre desdibujados su rostro, su edad, desconocido su nombre, balbuceaba agachada frente a Encarnación una oratoria que parodiaba la voz emitiendo sollozos idénticos y repetidos susurros. Una silueta de gruesa carne envuelta, de ropa negra apesada, enredada en sus propios rezos indescifrables, en la maraña de oraciones sin sentido alzadas a un cielo invisible. Y Encarnación la observaba inmersa también en el hechizo de la sinrazón, inamovible ante tan extraña escena. La chimenea imaginariamente encendida y de súbito la silla vacía. Aparición fugaz. Encarnación, inquieta ante el perturbador prodigio, sentía de nuevo el calor untándole la piel, una vez más esa sensación incómoda, nerviosa y obsesiva. Se levantó. Tenía que salir al patio en busca del frescor, de aquella humedad que brotaba de la fuente. Permaneció junto al pilón poco tiempo, el suficiente para recuperar el sosiego, respirando la brisa tenue con la que poder traspasar la barrera sólida, del aliento del verano.

Ya de vuelta en la cocina, se abría ante ella un escenario conocido, siempre disuelto entre algas y neblina y del mismo modo nítido y real. Tras la puerta, una sala inmensa mostraba sin pudor varios grupos de mesas cuadradas con sillas alrededor, que a modo de barreras velaban su aislamiento del resto de los muebles. Las paredes encaladas oprimían aún más el marrón apagado de las tristes ventanas que miraban al huerto. Únicamente algunos cacharros de cobre, los visillos de encaje y un almanaque de lámina amarillenta, daban un toque de color a una habitación que se regodeaba en su propia desidia. La luz entraba de golpe en el interior. Con un zarpazo ocupaba la totalidad del espacio, haciendo que flotarán los objetos y se deshiciera en la atmósfera la realidad y la conciencia.

Por ocuparse en algo, y siguiendo el horario autómatas de todos los días, comenzó Encarnación a extender los manteles sobre las mesas, maderas gastadas y ahogadas por mil capas de pintura y barniz. Mientras lo hacía pensó en Diego. Era como si no lo hubiese visto en mucho tiempo. Lo imaginó sudoroso, con la camisa sucia y el cuerpo cansado. Sentía al recordarle la misma mirada distante, ausente, el mismo silencio, idéntico escalofrío que el día que le vio por primera vez. Un grito de disgusto le sacó de sus pensamientos. María no pudo evitar que se le derramara un cazo con agua caliente, y sin darle más vueltas al asunto ya estaba buscando un trapo para recogerla del suelo. Limpiaba y al mismo tiempo se reía de su exagerada reacción causante de aquel descuido tan tonto. Encarnación, todavía asustada por el grito repentino, la miraba encogida desde la puerta sin atreverse a entrar, confundida se apretaba los brazos contra el pecho. Otra vez el sudor pegajoso entre las manos, la ansiedad. Trató de seguir colocando los cubiertos sobre las mesas. Tomó un puñado de cucharas, pero nada más rozarlas resbalaron entre sus dedos. Esparcidas por el suelo parecían reírse de ella, pues continuaban en movimiento a pesar de estar varada su caída. Chocando entre sí provocaban un ruido metálico, obsesivo y chirriante que le lastimaba los oídos. Las cucharas, impulsadas por una fuerza desconocida y poderosa, volvían a elevarse a la altura de sus manos para caer, repetidamente, una y mil veces, sin que Encarnación llegara a tocarlas. La luz expandía el brillo del metal y lo derretía para darle forma. Sonido y luz, atmósfera pesada. Oscuridad.

Encarnación corrió entonces atravesando la cocina hasta el patio. No oyó la llamada de María. Tenía prisa, apenas le quedaba tiempo. Sin pensarlo, únicamente con el temor de escuchar de nuevo aquel ruido estridente, con la necesidad de alejarse de los brillos del metal, llegó a la fuente y, como queriendo ahogar su recuerdo, hundir la risa irónica que le dedicaban los cubiertos, dejó que el caño de agua, dentro del pilón, mojara por completo su cabeza. Abandonarse a la quietud, a la caricia del líquido tras-



parente, permanecer así como único fin, sin oponer resistencia, sin alimentar las horas con temores desquiciados.

Pasadas unas horas, e igual que en una pesadilla, creía sentir a María corriendo en su busca, tropezando contra un cubo, llamándola mientras se acercaba a ella. Recordó cómo intentaba apartarla, el zarandeo, y su propio empeño de seguir en contacto con el agua, su intención de no moverse de allí. Sí, como en una pesadilla lejana. Ahora ya se encontraba mejor, tranquila, agradecida e incapaz de decirle a María que dejara de frotarle la cabeza con una toalla. Tampoco oía su regaño, su excitación. No le importaba su enfado. Miraba cómo se movían sus labios, quizá una rana croando se le asemejase, pero no le llegaba con claridad el significado de sus palabras. Nada podía perturbarla. La blusa mojada era el remedio contra la angustia, el cuello aligerado de sudor, del peso que el calor hacía constante, era suficiente regocijo, excesivo placer para no aprovecharlo.

– Encarnación, no está bien lo que has hecho. Por Dios, ¡que tenga que estar continuamente pendiente de ti cuando no es tiempo lo que me sobra! Siempre temiendo que hagas una trastada. No gano para sustos. Dios Santo, ¡que no se te ocurra volver a hacerlo!

Sonó el cierre de la puerta. Diego acababa de entrar.

– Hoy has llegado pronto. ¿Dónde están los demás?

– Era poco lo que quedaba por hacer. Antonio me dijo que me viniera antes, que él se encargaría de traerlos aquí.

– ¿Te has fijado en Encarnación? Ha tenido la gran idea de meterse de lleno en el pilón. Mira cómo se ha puesto. No sé cuánto tiempo ha estado con la cabeza bajo el agua. Cuando noté que no estaba en el comedor, salí en su busca. Me asusté, pensé que se estaba ahogando o qué sé yo. Tuve miedo, pudo pasar una desgracia. Menos mal que al oír el alboroto bajó Adela a ayudarme, yo ya no sabía a que atender.

– Tú y tus dichosos nervios. Enseguida te preocupas. Lo exageras todo. Con ponerte así no creo que soluciones nada. Puede

que quisiera lavarse el pelo, o simplemente refrescarse un poco. ¡Qué más da! No hace falta que dramatices.

– Ni dramas ni nada, que bastante tengo yo con la cocina para tener que estar todo el día detrás de ella. No es la única, apañados íbamos entonces. Y tú sabes lo que más me fastidia, que no puedo hacer otra cosa, porque ella hace conmigo lo que quiere, me tiene atada de pies y manos.

– Déjalo estar. Bien hemos empezado la jornada. Todos estamos igual que tú y no montamos numeritos. Pero para eso nos pagan, y si tanto te afecta más vale que dejes este tipo de trabajo. No sé qué te pasa. Antes no parecía importarte tanto y ahora, con cualquier tontería que sucede, te pones hecha una fiera. Ya sabes, esto es lo que hay.

– Será que estoy más sensible de lo normal, o más cansada. Perdóname, intentaré controlarme, pero es que hay días que a una le coge el cuerpo de mala manera y...

Aburrido con la conversación, cansado de darle vueltas al asunto, no esperó a que ella acabara de darle explicaciones y se marchó dándole la espalada a Encarnación, dejándola sentada en actitud de derrota junto al poyete de mármol de la cocina, y a María insistiendo en secarle la cabeza musitando por lo bajo regaños e improperios.

El rostro de Diego estaba quemado por el sol, arrugada la frente por la llegada a destiempo de los años que aún no tenía en la sangre. Treinta y cinco acababa de cumplir. Los pómulos angulosos marcaban una expresión de dureza en sus hermosos ojos verdes, que resaltaban todavía más bajo unas cejas firmes y espesas, concisas en una frente despejada. La boca entera carnosa lo decía todo a cerca de él: podía ser repulsiva y exagerada, tierna o hermética. Los dientes rectos, algo amarillentos por el efecto del tabaco y del café, se ocultaban tras unos labios que pocas veces se habían atrevido a sonreír. Y un cuerpo ancho, no demasiado alto, envolvía los restos del joven que fue. Estudió lo imprescindible, leer, escribir y cuatro cosas de números, lo necesario

para empezar, desde adolescente, a trabajar en los oficios más duros y diversos. Aprendiz de jardinero en la ciudad, también albañil y aficionado devorador de libros que en un principio no lograba entender. El dinero que era preciso llevar a casa y los tres hermanos que atender precipitó la llegada de la madurez cuando apenas era un crío. Una madre menguada en la apatía, despojada de la belleza y de la felicidad de una vida más relajada, anclada en el constante dolor de sus huesos, olvidada de sí misma en una pegajosa languidez, y un padre silencioso y ausente, amargado por la pérdida de una pierna durante la guerra civil, fantasma cansino y ermitaño lisiado que solo sonreía cuando recordaba, sentado frente a un vaso de vino y achispado por el efecto del alcohol, las caricias y ternuras, los besos y las promesas incumplidas que antaño dedicara al amor de otra mujer que nunca lograría olvidar, le habían legado a Diego, tras el paso accidentado de los años, la herencia mortecina de desgana, melancolía y frialdad que desde la amargura de aquellos días del pasado se adueñaron de Diego para siempre.

Fue Guillermo, un maestro jubilado, vecino de portal, quien inició a Diego en la sabiduría de las letras y de los hombres, quien destapó los frascos que contenían las esencias de relatos imposibles y de verdades lacerantes. De la manera más casual, gracias a una extraña atracción, comenzaron sus tertulias en un bar cercano, respaldados por el cansancio del día, por las horas oscuras de la anochecida y por la soledad blanca que se cebaba en la vejez de uno y en la curiosidad recién nacida del otro. Y así, gracias a los libros, compartieron las biografías más intensas, las heridas más agudas ocasionadas por el desamor, la razón de la vida o el porqué del sufrir de torturados personajes, A través de novelas y de poemas, atravesaron sentimientos felices y batallas cruentas que antaño describieron sin pudor grandes autores de todos los tiempos. Diego se enamoró, tan humanamente como un niño y gracias a los juegos de palabras que la literatura ofertaba, de mujeres desamparadas o de los héroes de la Historia

cuyas frustraciones y anhelos se exponían magistralmente sobre el papel. Una amistad confidente hizo de los dos una pareja peculiar y necesaria, motivo de chanzas y de murmullos en el vecindario. Pero Guillermo un día se marchó, se lo llevo su hija, el anciano ya no estaba en condiciones de cuidarse solo. Y el bar quedó apagado, suspendido entre el murmullo incongruente de algunos borrachos, la mesa vacía de libros y apuntes, y la voz rota del viejo erudito, enmudecido su recuerdo para siempre, disuelta entre la música aguda de un viejo aparato de radio.

Más tarde, con el paso de los años, quiso la suerte insensata, tal vez algún dios ebrio o acaso un perverso duende, que recalara el futuro de Diego en aquel pueblo postergado en la quietud letárgica que le imponía su recóndita situación en el mapa. La geografía escarpada de sus calles y alrededores le convertían en el ideal reducto donde guarecer desidias y sanar llagas de soledad. Y quiso el azar amigo, tal vez una divinidad bienhechora o acaso un geniecillo protector, que recalara Diego en la casa grande edificada en la turbulencia de la razón, en la agitada mezcolanza de pesadillas y realidades que imponían con sus actos extravagantes los fantasmas y esperpentos que la habitaban. La distribución anárquica de sus habitaciones y pasillos la convertían en el oportuno revulsivo que soliviantara su corazón dormido y que llenara de caricias sus manos hasta entonces vacías.

Encarnación siguió con la mirada a Diego hasta el patio, solamente entonces se había atrevido a hacerlo. Cerca del pilón, como cada tarde de verano, él se refrescaba la cara y los brazos ahuyentado el olor fuerte a sudor.

Cuando Diego estaba en la casa, Encarnación se llenaba de gozo y la mente se le abría de ilegible ilusión al contemplar su imagen. Se sentía feliz observándole, espiando sus gestos, aprendiendo el eco de su andar. Siempre escasas las palabras entre los dos, pero sí muchas las conversaciones mudas compartidas a través de la distancia que inevitablemente les separaba. Pero a

pesar del retiro impuesto por el destino, por las leyes tácitas que organizaban la casa grande, le bastaba a Encarnación oírle para saber que ella misma existía. La vida dependía de su nombre. Por él había disfrazado su abandono.

Ella había olvidado también, igual que le ocurriera con María, el momento exacto del encuentro con Diego, la primera palabra que él le dirigió. Estaba muy lejos la inicial mirada porque él para ella siempre había estado presente, intimidándola con su robusta silueta y su grave voz. Encarnación creía que el pánico que se apoderaba de ella cuando Diego regresaba al interior de la casa delataría su torpeza, el plato que rompió, la silla que no estaba colocada en su lugar, tantas y tantas cosas que no había realizado correctamente, sin saber que el terror que agitaba sus latidos era del todo infundado. Él nunca se enfadó, jamás alzó la voz. Permanecía callado un buen rato, le acariciaba la cara olvidando la acusación que reprobaba sus extravagancias y luego volvía a sus asuntos. Con el transcurso de los años, el miedo, el fracaso, el respeto, fueron transformándose en una especie extinguida de amor. Con él, únicamente a su lado, se sentía menos culpable, un poco menos débil. Diego era la extraña esperanza de ser un día necesaria, la espera indefinida en un futuro indescifrable, la ilusión en un mañana abstracto sembrado de besos y piel, de deseo tímidamente disfrazado con ropajes de forzada ternura frente a la certeza del hoy que significaba María: el presente, el impulso cotidiano, preciso. María era el trayecto más corto de su vida y Diego el horizonte perdido, siempre soñado; punto de partida y final de un viaje obligadamente compartido.

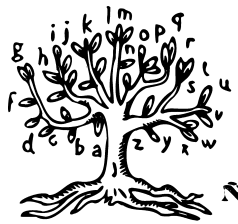
Diego, introvertido en sus asuntos, parecía carecer de sentimientos. Su cara inerte, pero no furiosa, sus gestos duros y de igual forma apaciguados, le hacían parecer indiferente ante lo divino y lo humano. Ensimismado por la desgana y la dedicación íntegra a su trabajo, estaba muy lejos de sospechar su misión salvadora, el vivificante embrujo que en Encarnación provocaba.

Diego, peinándose el pelo mojado hacia atrás con los dedos, entró en la cocina con aspecto de estar agotado, y como si lo hubiese recordado de forma repentina se dirigió a María.

– Esta tarde ponen mercadillo en la plaza. Podíamos acercarnos. Hace falta comprar algunas cosas y de paso nos distraemos un rato. Seguro que Encarnación es la primera en apuntarse, ¿verdad? Yo ya he hablado con Don Rafael y me ha dado permiso. Eso sí, me ha dicho que no quiere problemas con los del pueblo. Díselo a Juan y a Pedro por si quieren venir

– Intentaré hacer las faenas rápidamente, dejaré arreglado lo imprescindible. Si cuando digáis de iros he terminado, voy con vosotros. Ah, y no te preocupes, yo me encargo de avisarles.

Un instante sostenido en el tiempo, una tregua inesperada. La posibilidad de tejer una realidad distinta. Unos cabellos alborotados y húmedos, la toalla en el suelo, y María disponiendo a su antojo del mejor método para aprovechar las horas, dándole un puntapié al agotamiento.



del árbol  
de las letras nacen  
**LIBROS**

Este libro se terminó de imprimir el 18 de diciembre del año 2016,  
festividad de la Virgen de la Esperanza, al cuidado de los maestros  
artesanos de Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones S.L.  
(TADIGRA), en Granada, para Editorial Tleo. Se ha  
empleado cartulina couché mate de 300 grs., en la  
cubierta y papel ahuesado de 80 grs.,  
en el interior. Impreso con  
tecnología digital.

